

Hoy, Antonia Purpurina irá a la escuela por primera vez. Luce un espléndido día de septiembre, con un cielo azul y brillante. Antonia espera este momento desde hace mucho tiempo. Ella es una niña un poco diferente. La mayoría de los niños de su edad hace ya tiempo que van al colegio, pero ella no hace las mismas cosas que los demás. Su madre, que la mayor parte del tiempo está fuera con su compañía de teatro, aparece inesperadamente de vez en cuando y repite lo mismo de siempre:

—¡Qué vas a aprender en la escuela que no te pueda enseñar tu abuela!

Antonia vive con su abuela Matilde desde pequeña y ¡cuántas cosas le enseña la abuela! Conoce los nombres de las flores, de las plantas,

de las hierbas y de los árboles. Entre las hortensias descubre insectos, arañas, hormigas. Aunque a la abuela no le gustan los bichos, Antonia ha pasado muchas horas siguiendo los caminos de las hormigas que suben por la pared del balcón, u observando maravillada el tejer de las arañas. También es una experta cocinera de deliciosas croquetas y dulces buñuelos. Hasta sabe hacerse vestidos y sombreros, acostumbrada como está a hilvanar todo lo que cose la abuela. Ella es feliz con su abuela y la acompaña allá donde va. La ayuda a tomar medidas y escucha como charla con sus amigas mientras hacen ganchillo o juega con ellas a las cartas, siempre atenta, sobre todo cuando hablan de sus nietos.

Antonia escucha, y sueña con tener un amigo.

Los nietos de las amigas de la abuela siempre están en el colegio cuando ellas se juntan. Los días de fiesta la abuela le dice que vaya a la plaza a jugar, pero Antonia mira a los niños desde lejos y, temerosa, no se atreve a acercarse. «A lo mejor mañana», piensa, y vuelve corriendo a casa.



Antes, esperaba con ansia el verano con la ilusión de atreverse a jugar con ellos, pero ahora sabe que el verano pasará y todo va a seguir igual. Tampoco parece que nadie se dé cuenta de que cada día una niña de pelo denso aparece en la esquina, observando, quieta, o moviendo nerviosa los pies.



Cada tarde Antonia baja a la plaza, y cada tarde piensa: «Mañana será». Después vuelve corriendo a casa y en la penumbra, bajo la persiana, toca el acordeón. Le gusta el acordeón, rojo, con destellos de plata. Un verano, se lo dejó olvidado un amigo de mamá.

Antonia toca para su abuela Matilde, que cose al fresco de la sombra. A la abuela le gusta

escucharla, dejándose llevar a tierras lejanas, canción tras canción. Las dos se balancean con la música, y cuando se dan cuenta, ya ha oscurecido.





Después de cenar salen al balcón y miran el cielo. Esperan a que caiga una estrella para pedir un deseo. Antonia siempre pide lo mismo. Quisiera ir al colegio. Y quisiera tener un amigo.

Por eso, hoy es un día tan importante para Antonia Purpurina. Por eso, hoy está contenta con este cielo brillante, azul de septiembre.